Historia de la teología

Contenido

Tema 1: La teología en la Biblia y en los Padres de la Iglesia

- La teología en el Antiguo y en el Nuevo Testamento
- Los Padres de la Iglesia

Tema 2: La teología en la Edad Media

- Los comienzos de la Edad Media y la transmisión del patrimonio cultural antiguo
- El período carolingio
- Anselmo de Aosta y la relación fe-razón
  Las tres entradas de Aristóteles
- El renacimiento del siglo XII
  Teología monástica y teología escolástica
- El método escolástico
- El siglo XIII. Tomás y Buenaventura. Duns Escoto
- La crítica se radicaliza: el nominalismo en el siglo XIV

Tema 3: La teología en la Edad Moderna y en el siglo XIX

- Los siglos XV y XVI. Mística, humanismo, Reforma y segunda escolástica: confrontaciones y conflictos
- Del siglo XVI al XVIII. La ruptura de la síntesis
- El siglo XIX. La difícil confrontación con la filosofía, la historia y las ciencias de la naturaleza

Tema 4: La teología del siglo XX

- La teología protestante
- La teología católica
- La teología ortodoxa

INTRODUCCIÓN

Desarrollar en pocas páginas el camino bimilenario de la teología es empresa que parece imposible. Además de otras dificultades debidas a la enorme cantidad de material que hay que tener en cuenta (autores, textos, instituciones...), el primer obstáculo y el más decisivo con el que nos encontramos está representado por la necesidad de tomar una determinada posición respecto a lo que entendemos por teología. Hay mucha diferencia entre un **comentario al evangelio de Juan** escrito por san Agustín, la ***Summa*** de santo Tomás y un **ensayo** de un teólogo contemporáneo y, sin embargo, en los tres casos se habla siempre de teología. Puede parecer una pregunta banal, pero basta recordar que el término **teología**, en la acepción más general y difundida en nuestro tiempo, no se ha impuesto hasta el siglo XII, para comprender lo compleja que es la cuestión que se refiere al objeto y al método de la **historia de la teología**.

Teniendo en cuenta estudios especializados y remitiéndonos a ellos y a otras indicaciones bibliográficas, iniciamos nuestro recorrido a lo largo de los siglos para recoger, aunque sólo sea como **ensayos**, algunas indicaciones que puedan ser útiles para tener una idea sobre la identidad y el sentido de la teología en la vida de la Iglesia y de la sociedad humana.

Para saber dónde empieza la **historia de la teología** tenemos que saber primero qué queremos decir con este término. Pero ya que hemos aludido a la posibilidad de considerar la teología como reflexión sobre la revelación divina con la intención de profundizarla y tener de ella un conocimiento cada vez más **verdadero** y lleno de sentido, consideramos que los llamados Padres de la Iglesia han hecho teología. Es más, en el sentido propuesto, encontramos teología incluso en las mismas fuentes de la revelación, es decir, en la Escritura. Finalmente, es preciso recordar que la teología, inserta en la historia, se expresa con las palabras y el lenguaje de culturas determinadas, y dentro de situaciones sociales y eclesiales concretas, marcadas todas ellas por la presencia de Dios que, en todo tiempo, ha dejado las huellas indelebles de su amor y de su misericordia hacia los hombres.

Teniendo esto en cuenta, nuestra Unidad Didáctica comprende los siguientes temas:

1°. La teología en la Biblia y en los Padres de la Iglesia
2°. La teología en la Edad Media
3°. La teología en la Edad Moderna y en el siglo XIX
4°. La teología del siglo XX.

Tema 1

La teología en la Biblia y en los Padres de la Iglesia

I. La teología en el Antiguo y en el Nuevo Testamento

Iniciamos, pues, nuestro camino volviendo a los orígenes de la fe cristiana. Los 73 libros del Antiguo y del Nuevo Testamento son para los cristianos el testimonio privilegiado de la revelación de Dios. Son el punto de referencia imprescindible de la fe. En ellos encuentra el creyente el fundamento, el contenido, la norma que da solidez y verifica su fe.

La Biblia es palabra de Dios, pero no palabra caída del cielo. En la Biblia cielo y tierra se encuentran sin confundirse. Dios habla con las palabras de los hombres. Son hombres concretos, dotados de una auténtica personalidad humana, insertos en una historia profunda y dramáticamente humana, los que han experimentado, contemplado, pensado y puesto por escrito las maravillas que Dios ha llevado a cabo en favor de su pueblo.

Esta dimensión humana de la Escritura hace indiscutible el hecho de que la revelación de Dios se comprenda de forma progresiva, al unísono de la experiencia y del conocimiento humano, y hace también que en la Biblia la misma revelación se comprenda de acuerdo con diversas perspectivas. El mismo nombre de "Biblia" indica, en su origen, una pluralidad. En griego *to biblion* significa **el libro** y *ta biblia* (de donde viene "Biblia") significa **los libros**.

Los distintos géneros literarios presentes en la Biblia, con los estilos y contenidos distintos que les caracterizan, son signos de las diversas *teologías*, es decir, de los distintos modos de comprender y acoger la revelación, en base a situaciones, a necesidades y a formas expresivas determinadas, que hacen referencia a realidades concretas y a lenguajes humanos concretos. Así se puede hablar de una *teología del Antiguo Testamento*, de una *teología del Nuevo Testamento*, de una *teología del Éxodo*, de una *teología de los sinópticos, de Pablo*...

Sin embargo, en esta variedad emerge también un centro unitario que permite reunir las diversas perspectivas en un punto focal, impidiendo así la dispersión y la fragmentación.

Todos los caminos recorridos por los 73 libros de la Biblia confluyen y se recapitulan en la revelación de Dios Padre que se lleva a cabo en Jesucristo y que el Espíritu Santo hace presente a todo lo largo de la historia.

De esta forma, la Escritura nos ofrece un criterio guía para toda auténtica teología. Comprender teológicamente la revelación significa continuar, en cierto sentido, la obra de los autores humanos de la Biblia. Como ellos, aunque no inspirado como ellos, el teólogo creyente se esfuerza en leer la historia a la luz de Cristo, reconociendo en Él lo que da sentido al pasado, al presente y al futuro de los hombres. No hay duda, por tanto, de que ya en la Sagrada Escritura podemos encontrar el comienzo de una teología, pero ésta no es sólo la repetición de la predicación de Jesús, de su *palabra primigenia*, y la descripción histórica de sus acciones, sino también una *interpretación* legítima de la palabra de Cristo y del acontecimiento crístico. En efecto, los evangelios, en sentido propio, no son una biografía, una *vida de Jesús*, sino el testimonio que la comunidad primitiva da del hecho de Cristo. Esto se aplica también a las cartas apostólicas y a los demás escritos del Nuevo Testamento[12].

Todo lo que la Iglesia posterior ha vivido y conservado vitalmente como el depósito de la revelación es precisamente lo que quedó instituido en lo que se considera el tiempo de los orígenes, que va desde la primera aparición del cristianismo hasta mediados del siglo II. En este período tomarán forma los testimonios que permanecerán como fuentes originales y normativas de la fe cristiana: los escritos contenidos en el Nuevo Testamento. La fidelidad al depósito de la revelación no es posible al margen de la historia viva y la tradición de la Iglesia. De ahí que la historia de la teología debe explicarse como **hermenéutica** de aquellos testimonios. La pluralidad de razonamientos y lenguajes con que se expresa el acontecimiento de Cristo está ya presente en los textos normativos del Nuevo Testamento.

II. Los Padres de la Iglesia

Generalmente se designa como Padres de la Iglesia a los autores de la antigüedad cristiana que, por su ortodoxia y su santidad de vida, son reconocidos por la Iglesia como testimonios auténticos de la fe cristiana.

En la práctica, el nombre de **Padres** hace también referencia, en sentido amplio, a algunos escritores de la primera edad que no fueron santos ni tampoco, en algún momento de su producción, ortodoxos, como, por ejemplo, **Tertuliano, Orígenes y Eusebio de Cesarea.** Los eminentes servicios prestados por tales hombres, por

12. Cf. E. VILANOVA, *Para comprender la teología* (Verbo Divino, Estella 1992) 31.

otros motivos, explican la excepción. Por eso, a estos hombres se les asignó, para distinguirlos de los Padres de la Iglesia, el título de **escritores eclesiásticos**, siguiendo el ejemplo de San Jerónimo, que con esa denominación se refería a los autores carentes de las notas mencionadas de la doctrina ortodoxa y de la santidad.

La cercanía a los tiempos del Nuevo Testamento hace que su comprensión del misterio cristiano merezca nuestra atención de una forma muy especial, incluso respecto a los grandes teólogos que vivieron después, colocándoles en una situación privilegiada dentro de la historia de la teología[13].

La importancia de estos hombres de Iglesia justifica un tratamiento aparte de sus obras y de su pensamiento. Nosotros nos limitaremos aquí a citar a algunos de entre los nombres más representativos *desde el punto de vista de la elaboración de un método teológico, indicando*, al final, algunas líneas sintéticas.

Padres prenicenos (antes del concilio de Nicea, año 325)

A los autores de los escritos más antiguos del cristianismo (fuera de los que constituyen el Nuevo Testamento) se les llama **Padres apostólicos** (Clemente Romano, Ignacio de Antioquía, Policarpo, Papías, Hermas, etc.) Sus escritos responden a determinadas exigencias concretas de las comunidades cristianas en orden a su instrucción y edificación. Pero, a partir del siglo II, aparecen también escritos de autores cristianos dirigidos a un público no cristiano, con el propósito de deshacer las calumnias que se vertían acerca del cristianismo y de informar sobre la verdadera naturaleza de esta nueva religión. A estos autores se les conoce con el nombre de **apologetas** o apologistas (Arístides, San Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo de Antioquía).

El primero en la historia del cristianismo que presenta un diseño global y sintético del misterio (del designio salvífico) de Dios revelado en Cristo, es el obispo **Ireneo** (nacido en Asia Menor hacia el 130-140 y muerto, muy probablemente en Lyon, a principios del siglo III). La mayor preocupación de este "Padre de la dogmática católica" es la de salvaguardar la unidad de la historia de la salvación, frente a la posición de aquellos que, como los gnósticos, oponían a un Dios malo, artífice del mundo material (el Dios del Antiguo Testamento), un Dios bueno, que se ha revelado en el Nuevo Testamento y desea salvar de la materia a los hombres dotados de un alma espiritual. Ireneo, basándose en la regla de fe representada por las Escrituras canónicas (aceptadas por la Iglesia como normativas) y por la tradición de los apóstoles, afirma con claridad que existe un solo Dios, el Padre de Jesucristo, el cual, con la encarnación de su Hijo, quiere atraer de nuevo conjuntamente hacia él al hombre hecho de carne, y a toda la creación. En su *Adversus haereses* (*Contra los herejes*) y en su *Demostración de la enseñanza apostólica* defiende el principio de la "tradición" y la perspectiva histórico-salvífica (la "economía" o acontecimiento del Verbo Encarnado).

Quizá el más grande entre los autores antiguos de los tres primeros siglos es el alejandrino **Orígenes** (nacido en Alejandría de Egipto, probablemente en el 185 y

13. El examen de las distintas etapas de la historia de la teología nos revela que la **reflexión teológica** no ha renunciado nunca al pensamiento siempre seguro y orientador de los **Padres**. Al contrario, la teología ha tenido siempre una conciencia clara de que en los Padres hay algo singular, irrepetible y perennemente válido, que se mantiene vivo, que resiste la fugacidad del tiempo.

muerto en el 254). Su obra, inmensa en cuanto a cantidad y profundidad, representa el esfuerzo de un hombre educado en el conocimiento de la cultura helenística, neoplatónica y alimentado por la lectura asidua, crítica y meditada de la Escritura, que quiere comprender y expresar en un lenguaje nuevo, comprensible al hombre de su tiempo, los contenidos de la revelación, a veces, con audacia y no sin proponer hipótesis que más tarde serían consideradas heréticas.

Orígenes es, ante todo, un hombre enamorado de la Escritura, que lee tratando de captar en las expresiones de los distintos libros su referencia a los misterios de la fe, de la vida cristiana, del camino del cristiano hacia el conocimiento perfecto de Dios en Cristo. Para Orígenes, la filosofía cumple una función propedéutica; incluso desconfía un tanto de la filosofía. Todo el conocimiento cristiano se obtiene de las Escrituras. Sin embargo, como el conocimiento de la verdad es una manifestación del Logos, Orígenes acoge y utiliza también las manifestaciones que vienen de él por las analogías con la creación y los principios racionales. Aplica al estudio de la Escritura recursos filosóficos y críticos, y, a la vez, el de una investigación de correspondencias *tipológicas*, de un *sentido espiritual* que, a veces, es *alegoría* pura, producto de la imaginación al servicio de un magnífico fervor cristiano. En este sentido se le llega a imputar una gran responsabilidad en todas las exageraciones del alegorismo medieval. Orígenes ve un sentido espiritual en todos y cada uno de los pasajes de la Escritura, de forma que sus procedimientos de interpretación alegórica se aproximan, a veces, a lo fantástico.

Orígenes es el representante característico de la **Escuela de Alejandría**, centro de estudios superiores de exégesis y teología, patrocinado y dirigido por el obispo local. Inicialmente fue una escuela catequética, destinada a preparar a los catecúmenos para el bautismo. Posteriormente se convirtió en centro de enseñanza superior filosófica y religiosa que, en torno al año 200, quedó incorporada a la estructura eclesiástica del obispo Dionisio, y en la cual la cultura griega era objeto de una viva enseñanza en relación con las verdades de la fe. Alcanzó su máximo prestigio con **Clemente de Alejandría** y con **Orígenes**. Esta escuela se inspiró en el platonismo, sensible al simbolismo y la mística, y está claramente orientada a la interpretación alegórica, lo que significa un entendimiento espiritual de la Escritura, a la que se llega como resultado de la ascesis y de la contemplación.

Con estos grandes maestros alejandrinos, Clemente y Orígenes, fervorosos cristianos y auténticos intelectuales que dominan perfectamente la cultura de su época, se repiensa la fe cristiana dentro del cuadro cultural de la época, dándole una expresión y una coherencia intelectual comparable a la de los sistemas filosófico-religiosos más acreditados del momento. El cristianismo conseguía de esta forma estar a la altura de los logros espirituales del mundo grecorromano.

Otra destacada escuela que dio lugar a grandes pensadores es la llamada **Escuela de Antioquía** (capital de Siria), aunque de orientación muy diferente. Frente a la tendencia alegorizante de la escuela alejandrina, la antioquena es una escuela de exégesis que busca el sentido *histórico* o *literal* de la Escritura. Alcanzó especial importancia a finales del siglo IV y principios del V con autores como **Diodoro de Tarso, Teodoro de Mopsuestia, Juan Crisóstomo, Teodoreto de Ciro**. En filosofía, Antioquía miraba más hacia Aristóteles que hacia el platonismo, al contrario de Alejandría[14]. Pero al mencionar estos últimos autores hemos entrado ya en el período postniceno.

14. Cf. Y. CONGAR, *La fe y la teología* (Herder, Barcelona ³1981) 280-281.

Padres postnicenos

En torno a los primeros grandes concilios (asambleas de obispos) de los cinco primeros siglos (Nicea I: 325, Constantinopla I: 381, Éfeso: 431, Calcedonia: 451) se elaboran los **grandes símbolos de la fe**, es decir, aquellas fórmulas del credo o profesión de fe en las que la Iglesia ha confesado y expresado, en un lenguaje conceptualmente elaborado, el contenido de la revelación, ofreciendo así criterios para la auténtica interpretación del sentido de las Escrituras y, en consecuencia, de la vida cristiana.

Hombres como **Atanasio, Hilario, Basilio de Cesarea, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo, Cirilo de Jerusalén, León Magno** han defendido, partiendo de perspectivas teológicas diferentes, la integridad del mensaje cristiano, contraponiéndose a las reducciones de las distintas herejías (arrianismo, nestorianismo, monofisismo, etc.) que, al absolutizar este o aquel aspecto de la revelación la comprometían en su conjunto.

De este modo, gracias a la obra de tantos pastores y teólogos, la Iglesia ha sabido mantener su fidelidad a la Escritura y a la tradición auténtica. La tarea no fue fácil, siendo comprensible que los que la llevaron a cabo no siempre acertaran totalmente: hay momentos de vacilación y momentos en que la autenticidad del mensaje cristiano parece sufrir en aras de la especulación o del concordismo con determinadas concepciones filosóficas, que eran difícilmente compatibles con dicho mensaje[15].

Así, por ejemplo, al lenguaje *narrativo* del Nuevo Testamento, que más que demostrar da testimonio de la verdad a través de una historia, se ha yuxtapuesto el lenguaje *ontológico* de algunas afirmaciones dogmáticas, que se interesa por el ser de las cosas. De la pregunta "¿Qué ha hecho Dios por mi salvación?" se pasa cada vez más explícitamente a esta otra: "¿Quién es el Dios que me ha salvado?"

Sin embargo, en los hombres que han contribuido a este trabajo de clarificación y de defensa de la fe, estaba siempre viva la conciencia de su deber de ofrecer a los cristianos la posibilidad de recorrer el camino indicado por Cristo para reencontrarse con el Padre.

Hemos mencionado con las Escuelas Alejandrina y Antioquena a muchos de los llamados *Padres orientales*, la mayor parte de lengua griega. No son menos importantes los *Padres occidentales*, de lengua latina. Una simple lista de nombres resultaría aquí un dato frío y bastante inútil. Preferimos por ello centrar nuestra atención, en la medida de lo posible, en el que sobresale, de todos ellos, de una manera indiscutible. Nos referimos a **Agustín** (nacido en Tagaste, en el África septentrional, el 13 de noviembre del 354 y muerto en Hipona, ciudad de la que era obispo, el 28 de agosto del 430), cuya contribución a la teología occidental ha sido determinante no sólo en su tiempo, sino a lo largo de todo el Medievo, en el momento de la Reforma y en la edad moderna. Se puede incluso decir sin exageración que la "vuelta" a Agustín es una de las constantes de la historia de la teología.

Agustín es un hombre que reflexiona, en primer lugar, para descubrir la verdad y después, una vez descubierta, para conocer toda su riqueza y todas las implicaciones que comporta para la vida cristiana.

15. Cf. J. Vives, *Los Padres de la Iglesia* (Herder, Barcelona ²1982) 204.

Hay en él un continuo alternarse, un ir y venir de la fe a la razón y de la razón a la fe, llamadas a colaborar la una con la otra. Agustín afirma que la inteligencia, la razón, precede a la fe (*Intellige ut credas*: entiende para creer), es decir, el entender es previo. Ahora bien, esta afirmación hay que completarla con esta otra (*Crede ut intelligas*: cree para entender), lo que significa que la fe purifica e ilumina los ojos del alma para entender. Lo que Agustín afirma es que existe una precedencia de la razón en todo aquello que podemos llamar los *preámbulos de la fe*, o la teología natural. Cuando se trata, en cambio, de la fe sobrenatural, de la aceptación de los misterios de la fe, la razón misma exige que la precedencia parta de la fe[16].

Sin embargo, al principio de todo está el don de la **gracia divina** que, con su luz, esclarece la mente del hombre y le hace posible el encuentro con la verdad que salva. La vida cristiana, también cuando se convierte en búsqueda intelectual, es un continuo dejarse guiar por la luz que viene de Dios, para recorrer el camino que, desde las cosas creadas, signo de las cosas eternas, conduce a la unión con el creador.

Es preciso subrayar el papel que ha jugado, en la elaboración de su teología, el trasfondo cultural de Agustín. La crisis maniquea en su vida se relaciona con cierto racionalismo. Superado este racionalismo y superada la fase de escepticismo, la conversión de Agustín es una conversión a la fe y a la *filosofía neoplatónica*. Esta es la filosofía que adopta Agustín, especialmente la de Plotino, aunque desarrolla los elementos de dicha filosofía a su manera. Sin embargo, Agustín no concibe la filosofía racional al margen de la teología. Se trata de una visión esencialmente teológica que, a pesar de todo, implica muchos elementos filosóficos[17].

El **neoplatonismo**, corriente filosófica difundida en el mundo antiguo desde el siglo III d.C., inspirándose indirectamente en Platón, considera las cosas conocidas por los sentidos como signos-símbolos que remiten a una realidad superior basándose en una estructura y en unas conexiones concretas. El hombre, a través de una purificación progresiva de la vida y de la mente, puede llegar a captar algo de la única realidad suprema, que está más allá y por encima de todo, y puede unirse en cierto modo con ella. Es una visión del mundo, por así decir, *vertical*. Es una escala que hay que recorrer, donde cada cosa remite a otra cosa distinta de ella misma, hasta llegar a aquella Unidad de la que todo deriva.

Algunos Padres leen la Escritura con el *filtro* representado por esta visión del mundo, y una expresión bastante significativa del resultado del encuentro entre neoplatonismo y cristianismo la podemos encontrar en las obras atribuidas a **Dionisio Areopagita**, el ateniense convertido por San Pablo (cf. Hech 17,34), pero, en realidad, escritos por un autor cristiano del siglo V. Los Padres, con su teología simbólica, ejercieron un influjo extraordinario sobre los hombres del Medievo.

Rasgos de la teología patrística

¿Podemos recoger sintéticamente algunas ideas sobre la teología del período patrístico? Conscientes de los límites de este intento hacemos una relación de algunas características que nos parecen las más importantes.

16. Cf. L. Martínez Fernández, *Los caminos de la teología. Historia del método teológico* (BAC, Madrid 1998) 17-18.
17. Cf. E. Vilanova, *Historia de la teología cristiana* I (Herder, Barcelona 1987) 230.

a) La relación con la Escritura

La teología de los Padres está indisolublemente vinculada a la sagrada Escritura, porque es para ellos el punto de partida de todas sus reflexiones, la referencia continua, la cantera de donde proceden sus temas y sus modos de expresión. Esto les permite, por lo menos en la mayoría de los casos, tener una visión global del misterio cristiano, no limitada a una determinada cuestión, como podrá ocurrir más adelante.

b) El interés por la vida divina, por la unión con Dios

El conocimiento que procede de la comprensión cada vez más profunda del contenido de la fe tiene como objetivo la unión progresiva con Dios, conocido y amado. Su teología se presenta, por consiguiente, como la oportunidad de dar testimonio de la fe, una fe que a menudo les ha conducido al martirio.

c) La confrontación con la cultura humana, especialmente la filosófica

Algunos Padres –como el apologista del siglo II Taciano o, un poco más tarde, Tertuliano– han asumido una actitud muy crítica frente a la cultura elaborada por la razón humana al margen de la revelación. Sin embargo es mayor el número de los que la han reconocido como no totalmente ajena e inútil para la vida de la fe. Afirmando siempre la superioridad y la suficiencia para la salvación de la revelación cristiana, los Padres han interpretado todo lo que había de verdadero en la filosofía de su tiempo como expresión, parcial pero auténtica, de las semillas del Logos, de las huellas de sí mismo que el Verbo ha dejado en el mundo creado y en la mente de los hombres. Conviene recordar aquí lo que dice JUAN PABLO II en *Fides et ratio*, 41:

> "...los Padres acogieron plenamente la razón abierta a lo absoluto y en ella incorporaron la riqueza de la Revelación (...). Ante las filosofías, los Padres no tuvieron miedo, sin embargo, de reconocer tanto los elementos comunes como las diferencias que presentaban con la Revelación. Ser conscientes de las convergencias no ofuscaba en ellos el reconocimiento de las diferencias".

d) Pluralidad de orientaciones

Los aspectos comunes del pensamiento patrístico no pueden hacernos olvidar que no sólo cada autor presenta su propia perspectiva, sino que también nos encontramos en presencia de *escuelas* más o menos institucionalizadas, que agrupan a personas que se reconocen en un maestro, en una actitud pastoral, en un método de lectura de la Biblia.

Todavía más significativa y problemática es la diferencia de posturas que, aun sin querer radicalizar, encontramos entre la *teología oriental* (más interesada por la contemplación del misterio de Dios en la comunión de las tres divinas personas, por la unión mística como culmen de la vida cristiana) y la *teología occidental* (más preocupada por la vida del hombre, por su estado de pecador redimido, por su lugar en la historia y por su actuar moral).

Añadamos que, desde el punto de vista de los contenidos, la reflexión patrística se centra en temas fundamentales de la fe (el misterio de Cristo, el misterio de la Trinidad, el hombre y su relación con Dios) para cuya exposición ha elaborado un lenguaje que se mantendrá como patrimonio insustituible en los siglos siguientes.

Todo esto justifica la constante referencia a los Padres que encontramos a lo largo de la historia de la teología. Lo cual no excluye, sin embargo, la necesidad de leer sus escritos teniendo en cuenta el contexto histórico-cultural en el que están insertos, sus intereses y sus perspectivas. Es necesario hacer un esfuerzo constante de interpretación, si queremos que el pensamiento de los Padres pueda ser provechoso para la vida de la Iglesia.

A este compromiso está llamada la teología cuando se enfrenta con la inmensa riqueza ofrecida por los primeros grandes pensadores y escritores cristianos.

CONCLUSIÓN

Dios habla en la Biblia a lo largo de casi veinte siglos, con las palabras de hombres concretos, que, insertos en la historia, narran las obras de Dios en favor de su pueblo. Este carácter humano de la Escritura explica el hecho de que la revelación de Dios se vaya comprendiendo y clarificando de forma progresiva, y que presente diversas perspectivas teológicas.

Los **Padres de la Iglesia** son los autores de la antigüedad cristiana a los que, por su ortodoxia, santidad de vida y cercanía al Nuevo Testamento, la Iglesia considera testimonios auténticos y privilegiados de la fe. En torno a los primeros concilios, los Padres colaboran en la elaboración de los grandes símbolos de la fe.

En la historia de la teología encontramos una constante referencia a los Padres, cuyo pensamiento, leído e interpretado teniendo en cuenta las diferencias de contexto cultural, es siempre un acicate para la vida de la Iglesia y de la teología.

Ejercicios de autocomprobación

Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F)

1. La revelación de Dios, recogida en la Biblia, se comprende de forma progresiva, porque ha sido experimentada, conocida y expresada, a lo largo de siglos, con palabras humanas ..... V F
2. En la Biblia encontramos un único modo de comprender y acoger la revelación y de reflexionar sobre ella ..... V F
3. Los teólogos, que se esfuerzan en leer la historia a la luz de Cristo, puede considerarse que son escritores "inspirados", igual que los autores de la Biblia ..... V F
4. Ireneo es el primer escritor cristiano que en su obra ofrece un diseño global y sintético del designio de Dios revelado en Jesucristo ..... V F
5. Orígenes es el principal representante de la escuela de Alejandría ..... V F
6. La teología desarrollada por los Padres, debido a las distintas perspectivas y circunstancias en que fue elaborada, hace imposible que encontremos en sus obras elementos comunes esenciales ..... V F